



## **El potencial transformador de la bisexualidad**

El 23 de septiembre de 1999, en conmemoración de los 60 años de la muerte de Sigmund Freud, se convocó en Estados Unidos una conferencia para discutir uno de sus principales aportes en las disertaciones de la sexualidad y el género: los estudios sobre la bisexualidad. Al final de dichas discusiones se declaró que cada 23 de septiembre sería el Día internacional de la bisexualidad, para promover acciones de reflexión sobre este tema al interior de los estudios psicológicos y sociológicos, así como para movilizar acciones políticas y culturales.

Este ejercicio fue punto de llegada de un proceso reflexivo y colectivo al interior del movimiento LGBTI frente, a mi modo de ver, su mayor desafío: entender que la bisexualidad no es solo la sumatoria de una letra más en la sigla, sino que saca el proceso social de la cómoda dicotomía heredada del patriarcado entre el sexo y el género, los cuerpos feminizados y masculinizados, entre las relaciones heterosexuales y homosexuales; clasificaciones todas que, en suma, aunque no parezcan, contribuyen a mantener una sociedad excluyente que permite que los contrarios se atraigan o repelen, pero no que se queden en puntos medios. La riqueza discursiva y movilizadora traída por la bisexualidad consiste en promover la discusión de las orientaciones sexuales como fijas a la fluidez y de confirmar, de la mano de la Teoría Queer, que el sexo, no solo el género, son construcciones sociales y políticas que cuestionan la sustancialidad de la sexualidad y el género instaurada por el movimiento gay-lésbico.

La expresión “bisexual”, como término social, aparece en el mundo médico desde el siglo pasado (1890) para responder y clasificar teóricamente la atracción natural por ambos sexos. Sus primeros abordajes fueron vistos siempre como estados de no acoplamiento o ausencia de definición y se relacionaron con asuntos meramente de atracción corporal, llamándolos “estados de intersexualidad patológica”, que luego se les denominaría “hermafroditismo”.

El gran aporte de Freud fue el análisis de características en la personalidad que mostraban ruptura en la concepción de la sexualidad, que asumían como propio que los hombres desearan lo femenino y las mujeres lo masculino; definición que estaba fuertemente relacionada con las características biológicas, y que, incluso, se



validaba en las reflexiones de la homosexualidad, pues estas permitían equiparar un cambio del objeto del deseo: ya una mujer no desea a un hombre, sino a una mujer y viceversa. Pero en ambos casos se conservaba la unidireccionalidad del deseo; ahora, cuando aparece un deseo que no es estático, que se da tanto hacia hombres como mujeres, es donde surgen retos, pues no permite definir en categorías binarias los conceptos de sexo y género.

Freud fue quien puso la discusión en escenarios públicos. Sus aportes se leen en dos periodos. En sus primeros estudios que dan cuenta de la consideración de una bisexualidad natural al ser humano: “lo común es ser bisexual”, bajo la premisa de que toda persona, desde que nace tiene la capacidad de amar a otra independientemente de su sexo y de su género; y hay un segundo periodo de Freud, donde es menos esencialista y relaciona el rol de género y el deseo sexual como expresión de bisexualidad, que motivó a pensar las identidades en términos de fluidez y que ayudó a estudios posteriores como los de Kinsey y su famosa “escala”, desde la cual pone en cuestión el binarismo de la orientación sexual y propone una mirada más integral que aborde asuntos como atracción, conducta, fantasías, preferencia emocional y social, estilos de vida y autoidentidad, que conducen a pensar que la heterosexualidad y la homosexualidad no son las únicas formas de orientación sexual, o que se excluyen mutuamente y tracen fronteras definidas; que el género sea el único criterio de enamoramiento o que la orientación sexual sea una categoría fija.

Las y los bisexuales son personas que se sienten atraídas emocional y eróticamente hacia personas de cualquier sexo, y el grado y la forma en que se sienten atraídos hacia personas de diferentes sexos pueden cambiar a lo largo de su vida; sin embargo, en la sociedad y dentro del mismo movimiento LGBTI, estamos en mora de asumir las reflexiones que nos plantea la bisexualidad, que lastimosamente, por el monosexismo articulado incluso en nuestras relaciones gay – lésbicas, amplios sectores al interior siguen viéndola como una práctica promiscua, una acción de sexualidad inmadura o una falta de definición por una orientación sexual determinada, desconociendo su potencial transformador para liberarnos de la opresión del sistema binario de las orientaciones sexuales a la que hemos llevado las relaciones erótico afectivas.



La fuerte exclusión de las personas bisexuales al interior del movimiento reclama una acción en doble vía: de un lado a exigir visibilidad para que no se siga pensando que el ejercicio de las orientaciones sexuales es dicotómico, pero a la vez un llamado de atención al riesgo de encasillar lo bisexual en formas sustancialistas, como se viene haciendo con lo gay – lésbico, o con la identidad de género entre cuerpos feminizados y masculinizados; tal como señala Marjorie Garber: “la bisexualidad, más que venir a posicionarse como una tercera orientación/identidad sexual, viene a cuestionar la existencia misma de estas”. La bisexualidad es un asunto de temporalidad, no de espacialidad, y es la sumatoria de proyectos de vida, no de subjetividades definidas.

Que sea esta fecha la oportunidad de reconocer el potencial transformador de la apuesta política de la bisexualidad en el movimiento, y, a la vez, dejarnos interpelar sobre el riesgo de la sustancialidad y el determinismo a la hora de asumir nuestra sexualidad, de comprender la urgencia de superar el binarismo de heterosexual - homosexual desde la hegemonía de los cuerpos, para pensar la sexualidad y el género como un proceso de enunciación y como unos encuentros más desde la espontaneidad del deseo; en suma, que la sexualidad es fluida y no fija, que la identidad no es estable, que la eroticidad es un proceso de crecimiento y transformación de la manera como se construye la identidad y se vive la ciudadanía.

Wilson Castañeda castro

Caribe Afirmativo